

POEMA DE AMOR

Por: Jonathan Efraín Rozo

Estudiante de Administración de Negocios Internacionales,
y Administración en Logística y Producción



© Ilustración digital: Camilo Jiménez Valbuena

Recordando aquellos momentos sin pesares,
me detengo en un evento sin igual.
Trato de hallar esos lugares
en los cuales mi mente se pierde sin mal.

Pasado algún tiempo, lo pude descifrar:
logro determinar en qué momento,
e incluso en qué lugar,
me encuentro sin lamento.

Ese momento es de algún verano lejano.
Un verano de juventud alegre,
un verano de amigo y hermano,
un verano que, para mi suerte, con ella consagré.

Ella, persona que me alegró.
Ella, mujer que conmigo compartió.
Ella, dama cuyo amor perduró.
Ella, mi amor, mi delirio.

Recuerdo aquel momento, aquel lugar.
Lo veo cual si fuera ahora,
lo añoro con pesar;
lo vivo, lo adoro, mas en el pasado estará.

Amor, desesperación, locura e ilusión:
sentimientos que viví con euforia,
emociones que experimenté con pasión.
Amor, desesperación, locura e ilusión.

¿Cuál es la diferencia?
¿Cuál es la variación?
¿Qué lo cambia?
¿Para qué la sensación?

No hay diferencia, pude entender,
pues con una misma persona se sienten, a la vez,
amor, desesperación, locura e ilusión.
La variación somos nosotros, al aprender,
al entender cómo es y para cuál vez,
amor, desesperación, locura e ilusión.

Realmente no hay cambio, el amor es el cambio.
Un cambio ambiguo y misterioso,
un paso entre la necesidad y el odio.
Un estado sin fin ni principio, solo un esperar peligroso.

Así como recordé aquel verano,
recordé a aquella dama y recordé lo que la felicidad es;
comprendí de un modo doloroso que la vida pasa,
en un minuto, en una eternidad; todo es lejano.
Pues el tiempo no existe, solo es de la mente una base
para definir y combatir lo que en el corazón pasa.

La vida, dicha de ese modo,
no es vida como tal, si no se ha de sentir.
Solo es una existencia vacía, enterrada en el lodo,
del cual está compuesto el mundo del no existir.

Existir y vivir podrían ustedes decir que es lo mismo.
Pero yo, que he recordado la felicidad,
puedo decirles que realmente son uno del otro
un hermano,
similares a lo lejos, distintos en la verdad.

La existencia es tan solo estar,
transitar sin razón para hacerlo.
Vivir es sentir amor, odio, alegría y pesar;
opuestos y a la vez iguales, solo hay que entenderlo.

El amor, el primero, el primordial,
el fundamental y verdadero;
aquel sentimiento complejo y sin igual,
que nos enseña las alegrías del mundo austero
en el que las personas solemos vivir,
sin pensar o meditar, solo seguir.
Fue esa dama quien me enseñó aquello;
me mostró de qué consta la vida
y es por eso que recuerdo aquel verano bello,
pues en él estuve con ella en aquella vereda.

Termino de recordar, pues mi mente no puede soportar
ver de nuevo aquello que alguna vez fue suyo,
pero que ahora el destino le ha de arrebatarse.
Contemplo ahora todo, no tengo reparo al observar
cómo todo lo que quise, todo lo que soy yo,
a falta de amor, se ha de marchitar.

Falta de amor, no por gusto,
no por voluntad o deseo;
falta de amor, por un destino para mí fortuito,
para el tiempo un recreo.

Falta de amor y sobra de desesperación.
Falta de amor, así como de ilusión.
Falta de amor y de compasión.
Falta de amor... y de su respiración.
Así por eso, aquí entre nosotros,
puedo decir, con dolor y pesar,
que los recuerdos son tormentos,
sin importar si fueron de mal o bienestar.

El tiempo, ese cruel verdugo,
no tiene reparo por nadie,
no espera ni a sí mismo;
tan solo continúa en su juego,
para no dejar en pie
a aquellos que dicen “te amo”.

Te amo, palabras cortas de profundidad desmedida.
Te amo, expresión de almas unidas.
Te amo, testimonio de lo que es la vida.
Te amo, un decir, para algo sin palabras.

Y así entonces, antes de partir,
quiero expresar lo que entendí puede el amor ser:
la consumación de la vida y la prueba para existir,
la comunión de dos almas que danzan al amanecer.

El amor, así como ella lo fue antes,
es perfecto, bello y a la vez maldito.
Y ahora, debo marcharme junto a ella,
a donde los seres no pueden estar
y los pensamientos se hacen realidad.
Debo marcharme al sepulcro,
pues de amor ya he muerto.

